

## HELENO DE FREITAS\* Y LA FILOSOFÍA PRIMERA

DANIS CUETO VANEGAS\*\*

Cuando llegó la enfermedad del olvido a Macondo, el ingenio de aprendizaje de brujo de José Arcadio Buendía, halló el método para preservar los significados lingüísticos de la aldea. Con un pincel artesanal entintado marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola, vaca, chivo, puerca, gallina, yuca, malanga, guineo. Pero las evasiones de la memoria eran tan misteriosas que luego hizo un letrero que decía: «esta es una vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con café y hacer café con leche», luego se lo colgó en la cerviz del animal. Después colocó «en la entrada del camino de la ciénaga un anuncio que decía: “Macondo” y otro más grande en la calle central que decía: “Dios existe”. José Arcadio Buendía intuía lo que Wittgenstein es-

cribiría en su *Tractatus* en 1921. Los nombres, como signos originarios, se referían a las cosas mismas que se presentaban ante nuestros ojos, constituyéndose en su significado. Años después Wittgenstein descubrió –no aún José Arcadio– que el significado no puede considerarse solo como la cosa significada.

En sus *Investigaciones filosóficas* (1988), Wittgenstein cree que el significado de una palabra, en la mayoría de los casos, depende de su uso en el lenguaje. Es decir, todos participamos de un juego lingüístico, en el que aprendemos a usar las palabras de acuerdo con unas pautas establecidas por el lenguaje. Ello supone que aprender un lenguaje no solo implica aceptar la idea que existen palabras y cosas, sino también actividades, comportamientos con los demás y con

**Recibido:** 5 de agosto de 2014

**Aceptado:** 25 de septiembre de 2014

\* Futbolista brasileño (1920-1959), reconocido como el jugador más bello de Brasil. Jugó en Botafogo, Boca Juniors y el Junior de Barranquilla, entre otros, durante “El Dorado”. En sus desmanes y vida libertina contrajo neurosífilis, enfermedad que lo llevó a la tumba a la edad de 39 años.

\*\* Datos autor

las cosas. Aprender una lengua es, entonces, aprender «la praxis del uso del lenguaje». José Arcadio Buendía, años después también descubrió la necesidad de esta praxis, cuando decidió construir «la máquina de la memoria que una vez había deseado para acordarse de los maravillosos inventos de los gitanos. El artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida». En últimas, los juegos del lenguaje descubiertos por Wittgenstein y José Arcadio, no son más que la metáfora de Úrsula Iguarán cuando ve morir a los Buendía, en la medida que no muere el significado de cada uno de los nombres de la numerosa familia sino sus portadores. La actividad, la relación con los demás y con las cosas constituye una «praxis». Los signos lingüísticos son cosas que surgen, son marcadores que dicen algo de las cosas, son marcadores de la praxis. Los actos son inseparables de las cosas. Son una afinidad entre los seres humanos y la naturaleza.

Dicen que el lenguaje es una de las pocas cosas que nos diferencian de los demás seres vivos. Este consiste no solo en pronunciar palabras sino en «el señalar o en el decir» como cree Heidegger. García Márquez en *Cien años de soledad* (1967) parece haber identificado, con esmero mágico, la importancia del señalar, cuando nos recuerda que «el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían

de nombre, y para nombrarlas había que señalarlas con el dedo». Señalar y decir implica para Heidegger «dejar que las cosas se presenten ante nosotros». Es decir, el lenguaje además de traer las cosas a la presencia de los seres humanos, representa un des-ocultamiento de las cosas mismas que se presentan ante nuestros ojos, por lo menos así lo cree Heidegger en su ya célebre parágrafo 44 de *El ser y el tiempo* (2011). Traer las cosas a la presencia es un acto, como también es un acto cuando Borges ve —el día que Beatriz Viterbo murió—, la cartelera de fierros de la plaza Constitución anunciando un nuevo paquete de cigarrillos rubios. Un acto es *El juramento*, el artículo que escribiera García Márquez, bajo el seudónimo de *Septimus*, el 5 de junio de 1950 en *La Jirafa*, su columna en *El Heraldo* de Barranquilla, en el que suscribió su amor eterno por el Junior, luego de ver jugar al doctor Heleno de Freitas, «el futbolista más bello de Brasil». También un acto es «¡Eureka!», el grito de exaltación de Arquímedes, como lo es el amor que profeso por Ulianova, mi pequeña hija de 12 años, quien inicia su tortuoso camino hacia la adolescencia y por Diana Patricia Amador. Es decir, ver, escribir, decir, jugar, gritar, profesar, amar, etc., son actos. En los actos tienen lugar la afinidad entre las cosas humanas y el cosmos, la mente y el mundo.

Pensar en los actos, es hacerlo también en Aristóteles, en su *Metafísica*

o en la *filosofía primera* como la denominó Andrónico de Rodas. Según los griegos, la filosofía comienza con la admiración, en *Teeteto* Platón afirma que la pasión por la admiración es propia del filósofo, esta pasión se refiere al deseo de saber. Aristóteles en su *Metafísica* creía que «el que se admira reconoce no saber». El saber, entonces, es connatural al hombre, pero también la admiración supone el reconocimiento de la ignorancia. Antonio González, mi maestro, en *Surgimiento: Hacia una ontología de la praxis* (2012), afirma que la admiración nos obliga a reconocer los límites de lo que sabemos así como de lo que no sabemos. Por consiguiente, «La admiración no nos convierte en sabios ni en burócratas del conocimiento, sino en buscadores de la sabiduría». Sin admiración desaparece el deseo de saber, probablemente fue la presencia de esta pasión lo que mantuvo vigente la actividad filosófica en el mundo griego.

Los filósofos griegos se admiraron, según Aristóteles (1975) de «Las cosas inmediatas entre las extrañas, luego se sintieron perplejos ante cosas mayores, la luna, el sol y los astros y ante la génesis de todo». Parece que admirarse de las cosas inmediatas para Aristóteles tiene que ver con el ser humano y con las cosas que le son próximas a este. Es decir, la admiración por el ser humano y las cosas es lo inmediato, existe de esta manera, un interés inicial en la actividad fi-

losófica de la antigüedad por el ser humano y por su mundo. Esta afirmación parece ser ajena a los primeros filósofos, anteriores a los sofistas, pues su interés se centró en los astros y la génesis de todo. Diógenes, el Cínico, ironizando sobre tal admiración –luego que Tales de Mileto cayera por un oscuro agujero– dijo: «pobre de aquellos que se admiran de las cosas que ven en el cielo desconociendo las que tienen ante sus pies». Aunque de otro lado, el interés de los filósofos de la naturaleza y su preocupación por el cosmos, también obedece al interés de las cosas de la vida humana, en la medida que preocuparse por la sucesión entre el día y la noche involucra la preocupación por lo humano, las cosechas, la pesca, etc. El hacer también es una preocupación por las cosas inmediatas de la vida humana.

Dicen que Parménides creía que «lo mismo es ser que entender» dejando atrás las consideraciones sensibles de los naturalistas. Él encontró una afinidad entre ser y entender, «mismidad» –como lo han denominado los filósofos– entre el ser humano y las cosas que le son inmediatas. Entre el ser y el entender existe algo, de la misma manera que existe entre las cosas y el ser humano, o entre la subjetividad y la realidad: los actos.

Sócrates por su lado, dirigió su actividad filosófica hacia el ser humano o si se prefiere sobre las cosas humanas. Jenofonte en *Memorabilia*, afir-

ma que Sócrates siempre «dialogaba sobre las cosas humanas: considerando qué es piadoso, qué es impío, qué es bello... qué es el político, qué es el gobierno de los seres humanos». La preocupación de Sócrates por los asuntos éticos lo condujo a la búsqueda de lo universal. La admiración por lo universal en la reflexión socrática se hallaba en las cosas humanas. La célebre aporía socrática «solo sé que nada sé» encuentra así sentido, puesto que la filosofía es «la ciencia que busca» como creía Aristóteles y es la «*docta ignorantia*» la fuente de los verdaderos sabios. Pero el Oráculo de Delfos no solo presentó a Sócrates como el más sabio, sino también como el más justo de todos los seres humanos, porque:

*No es más justo Sócrates por cumplir mejor las leyes recibidas de los antiguos y establecidas por la ciudad. Sócrates es más justo porque pretende averiguar qué es lo verdaderamente justo. Tras la crítica de los sofistas a la moral establecida como mera convención social, la justicia ya no puede consistir para Sócrates en la mera realización de lo que siempre se ha entendido por justo, o lo que los poderosos han decretado como tal. Es necesario emprender un examen de la vida humana para descubrir en qué consiste la verdadera justicia* (González, 2012, p. 17).

El proyecto de la actividad filosófica socrática también se encuentra en el camino de la afinidad entre los asuntos humanos y el mundo. Platón aunque consideraba que la filosofía era una guía para la praxis humana, especialmente en lo relacionado a la política, se distanció de su predecesor en la medida que redujo las acciones humanas a los moldes universales «arquetipos» que proporcionaban las ideas. La filosofía platónica dejó de versar sobre las cosas humanas para centrarse en las ideas eternas. Aristóteles dirigió desde muy joven su interés por la praxis humana. En el *Protréptico*, obra de su juventud, afirma que la operación propia del ser humano era «verdear sobre los entes», en ella también se encuentra la primera alusión aristotélica sobre potencia y acto. Esta primera noción de potencia y acto hace que Aristóteles piense que una cosa es tener la capacidad de saber y otra cosa es hacerlo en efecto. El interés por la praxis humana llevó a los presocráticos a reflexionar acerca del movimiento, son célebres las aporías de Zenón y las reflexiones de Parménides sobre el no-cambio. Heráclito, por el contrario, creía en el paso del ser al no-ser y del no-ser al ser, puesto que un hombre no puede bañarse dos veces en las aguas de un mismo río. Estas diferencias entre unos y otros condujeron a Aristóteles a creer que la potencia es un cierto tipo de ser, consisten en la capacidad para ser algo. De esta manera, «la potencia es un ser que se aproxima al no-ser».

Lo que quiere decir –pensando como Aristóteles– que el ser es dinámico y operativo, pues «el ser de los seres vivos está en su vivir, mientras que el ser de los seres humanos está en sentir y pensar».

Ahora bien, los actos constituyen la columna vertebral de la metafísica aristotélica. Para Aristóteles el acto del motor y el acto del móvil, son uno y el mismo, aunque el ser del motor y el ser del móvil son dos cosas distintas. La mismidad radica en cómo se da. Enseñar y aprender son distintos entre sí, pero la forma como se da el ejercicio didáctico es el mismo, es decir el cambio. El acto, no es más que el surgir de la cosa o venirse a la presencia la cosa. Entre entender y lo entendido, amar y lo amado, surge o viene a la presencia lo entendido y lo amado. Aristóteles creía que la sensación es un hacerse presente la cosa sensible y este hacerse presente, según González (2012) «es uno y el mismo tanto para la cosa sentida como para la sensación misma. Pero esto no significa que la sensación sea lo mismo que la cosa sensible, lo único que es idéntico es la cosa misma».

El acto no es inseparable de las cosas pero no es una cosa, es un surgir. Surgir es un venir a la presencia. En el acto, según Aristóteles, aparece lo igual y lo diferente, siendo este el momento de imbricación entre el hombre y el mundo. La metafísica aristotélica termina en el acto puro del acto mis-

mo. Pero el acto ha salido de Dios y subsiste por sí mismo. Lo que Dios piensa es pensamiento eterno. La filosofía primera de Aristóteles podría resumirse como un saber sobre la vida humana práctica, sobre las cosas más inmediatas entre las extrañas. La filosofía primera, en consecuencia, trata de la instancia, la entidad y la realidad de los entes.

En el amor a Dios, surge el amor a Dios de la misma manera que en jugar un buen partido de fútbol, surge un buen partido de fútbol. Tanto el amor como Dios, jugar o el fútbol, son seres diferentes entre sí, pero la identidad es la misma. La identidad entre unos y otros es el surgir. En la metafísica medieval el papel de la creación es determinante en la medida en que las cosas son pero podrían no ser. En *El día en que el fútbol murió* –relato novelado que Andrés Salcedo hace de la vida del astro del fútbol brasilero a finales de los años 40 del siglo pasado– el autor afirma que Tiago Simoes, columnista de Brasil, escribió acerca de Heleno de Freitas como el futbolista que se creyó Dios. Auto-creencia que construyó frente a la reverencia que la hinchada brasilera, que «deslumbrada por la amalgamada delicada sobriedad y fulminante efectividad» le hacía desde las tribunas, sumado a su singular belleza, su vida bohemia, intelectualidad y a su profesión de abogado. Lo cual quiere decir, que en la auto-creencia del doctor Heleno de ser Dios, surge su auto-creencia de ser

Dios. El surgir de la divinidad del yo de De Freitas, se encuentra en la idea de la torcida. Según Salcedo «porque en un solo partido era capaz de inventarse, dos o tres veces, esa genialidad que un jugador normal puede que no se le dé ni en veinte años de práctica profesional». Entre cada partido, genialidad y práctica profesional surgía la idea de Dios en Heleno De Freitas.

La existencia de Dios, según Santo Tomás, explica por qué las cosas existen en el mundo y subsisten en él, pero también porque tienen ser, y este ser, es un acto. Entonces, Dios, la esencia, consiste en ser y el ser es acto de la esencia. Parece un galimatías filosófico pero lo que está detrás de tal afirmación, no es más que la pérdida de la idea del surgir o el darse aristotélica en el acto, en beneficio de lo que surge o de la cosa que ha surgido. Para Santo Tomás el acto primero es el ser, las operaciones de este son actos segundos.

Andrés Salcedo (2011), afirma:

*Nunca, ni antes ni después, hubo un jugador del Atlético Junior que lograra un alto grado de idolatría en Barranquilla. Heleno era el hombre de moda. En todas partes era lisonjeado y agasajado. Dondequiera que llegaba, la gente enloquecía. Los hombres se abalanzaban sobre él, le palmeaban los hombros. Las mujeres se le insinuaban. Los intelectuales lo*

*escuchaban maravillados. Heleno irradiaba un magnetismo animal que incitaba a la devoción (p. 162).*

En el doctor Heleno ha surgido la esencia –o por lo menos eso creían él y sus seguidores–, es el ser, Dios, si prefiere y sus acciones dentro y fuera del terreno de juego, sus pases precisos, goles, y elegancia para jugar, etc., son actos segundos. También se puede decir que la auto-esencia del futbolista más bello de Brasil, es un acto segundo, así como sus goles, elegancia para jugar, sus pases precisos, la admiración que suscitaba, etc., porque el primer acto es Dios.

*Heleno, el futbolista mejor pagado del país y el más admirado, dio rienda suelta a su obsesión por el sexo. Las mujeres se le entregaban sin pedir nada a cambio. Las erotizaba ese Dios del fútbol que cultivaba la elegancia medida de la palabra y el gesto. Las hipnotizaba ese rostro pálido y varonil que nunca sonreía (Salcedo, 2011, p. 162).*

¡No está dicho que la filosofía comienza con admirarse de las cosas más inmediatas entre las extrañas! Acaso no se admiraba el doctor Heleno de su belleza y de su talento para jugar al fútbol. No es acaso admiración lo que suscitaba en sus seguidores hombres o mujeres. Fue tanta la fascinación que Gabriel García Márquez, por en-

tonces apático al fútbol, decidió ir a verlo al Estadio Municipal el 5 de junio de 1950, se enamoró para siempre del Junior luego de la victoria de este 2-1 sobre el Millonarios de Di Stéfano, Pedernera y Rossi, lo que condujo al Nobel, por entonces periodista en *El Herald* de Barranquilla, a escribir una columna bajo el nombre de *El juramento* en la que dice:

*En primer término, me pareció que el Junior dominó a Millonarios desde el primer momento. Si la línea blanca que divide la cancha en dos mitades significa algo, mi afirmación anterior es cierta, puesto que muy pocas veces pudo estar la bola, en el primer tiempo, dentro de la mitad correspondiente a la portería del Junior (¿Qué tal va mi debut como comentarista de fútbol?). Por otra parte, si los jugadores del Junior no hubieran sido ciertamente jugadores sino escritores, me parece que el maestro Heleno habría sido un extraordinario autor de novelas policíacas. Su sentido del cálculo, sus reposados movimientos de investigador y finalmente sus desenlaces rápidos y sorprendidos le otorgan suficientes méritos para ser el creador de un nuevo detective para la novelística de policía. Haroldo, por su parte, habría sido una especie de Marcelino Menéndez y Pelayo, con esa facilidad que tiene el brasileño para estar en todas partes a la vez y en to-*

*das ellas trabajando, atendiendo simultáneamente a once señores, como si de lo que se tratara no fuera de colocar un gol sino de escribir todos los mamotretos que don Marcelino escribiera. Berascochea habría sido, ni más ni menos, un autor fecundo, pero así hubiera escrito setecientos tomos, todos ellos habrían sido acerca de la importancia de las cabezas de alfiler. Y qué gran crítico de artes habría sido Dos Santos —que ayer se portó como cuatro— cortándoles el paso a todos los escribidorcillos que pretendieran llegar, así fuera con los mayores esfuerzos, a la portería de la inmortalidad (García Márquez, 1981, p. 270).*

La filosofía primera, según la escolástica medieval, tiene que ser filosofía del acto primero, y por tanto una filosofía del ser y no una filosofía de la praxis humana. Pero es en la *Metafísica* de Aristóteles y en la columna vertebral de esta —el acto— y el surgir, el darse o venirse a la presencia de las cosas donde subyace otro acto, la auto-creencia del doctor Heleno o la pseudo-creencia de sus admiradores donde surge la idea del dios «del fútbol». En una de las páginas de “La Historia del Fútbol Mundial” acerca de Heleno De Freitas se dice:

*Estamos en el mundo de lo fantástico; el folclórico Prancha, mixto de filósofo y técnico, se instalaba detrás de un mostrador de naran-*

*jas como si fuera un vendedor en la playa de Copacabana. Y lanzaba a cada niño una fruta. Según la reacción, separaba al crack del menos dotado. Heleno De Freitas, mineiro de 12 años, amortiguó la naranja en el muslo, la dejó caer en el pie, hizo malabarismos, la levantó a la cabeza, la trajo de vuelta al pie, pasando por un control de tacón. Y Neném vio que descubría el más fino, inventivo y el carácter más importante del país. Por eso, hasta su muerte, llevará en su cartera la foto de ese que se luciría como ninguno en el Botafogo de Futebol e Regatas –mucho más que el brillo fugitivo de la gloriosa estrella solitaria de club blanquinegro carioca–.*

En el acto de lanzar la naranja, surge el lanzamiento de la manzana pero también surgió el acto de la divinidad de Heleno. Las construcciones metafísicas de la modernidad servirán para desmitificar el acto de la divinidad del doctor Heleno. Descartes someterá a duda todas las verdades, pues un «Genio Maligno» puede engañarnos frente a los razonamientos que hemos dado por verdaderos. Con Descartes la auto-idea de Dios de Heleno De Freitas se desploma, porque su idea de ser infinito procede de él y de sus hinchas y no de un ser infinito. El único ser infinito, según Descartes es Dios.

Descartes identifica tres tipos de sus-

tancias. Dios es la sustancia divina que no necesita de nada para existir. El alma, sustancia pensante y el cuerpo, sustancia extensa. Las dos últimas necesitan de la primera para poder existir. El doctor Heleno necesitaba del fútbol, de la hinchada, de las drogas, de las mujeres y de muchos otros seres para poder existir, por consiguiente él no puede ser sustancia divina. El dualismo cuerpo-alma ya estaba presente en la antigüedad clásica, en la filosofía de Platón. El hombre platónico es el resultado de la unión accidental del alma con el cuerpo, el alma es un ser inteligible e inmortal unida a un cuerpo que es su cárcel que la ata al mundo sensible y no la deja volar al mundo de las ideas. Según Platón el alma de los hombres posee tres apetitos: el apetito concupiscente (deseo de placeres), el apetito racional (deseo racional y dominio de los placeres) y el apetito irascible. Los tres apetitos estaban claramente definidos en el ser del doctor Heleno.

El apetito concupiscente de Heleno fue muy conocido. José Fonseca, autor de un film inspirado en la vida del «jugador más bello de Brasil» afirma que «lejos de los campos, Heleno De Freitas era mujeriego, drogadicto y autodestructivo, muriendo en un manicomio por los efectos de la sífilis con solo 39 años». Sobre el particular, Salcedo afirma:

*Heleno volvió a las andadas. Regresó a la vida nocturna, a los ca-*

*sinos, al éter, a la cama de Brenda Howard, su amante favorita ... llegó un momento en que Heleno, a causa de sus cada vez más cuantiosas pérdidas en el casino, ya no pudo pagar los gastos de la casa* (2011).

Ante sus ojos se escapaba su propia realidad. Surgía en uno de los jugadores más grandes que ha parido el fútbol mundial. También, como una paradoja cruel, ante la auto-creencia de ser Dios, surgía la vida del crápula. Porque los actos no son maniqueístas, los actos son inseparables de las cosas, buenas o malas. Son una afinidad entre los seres humanos y la naturaleza. Lo cual quiere decir, que entre Heleno y el crápula, venía a la presencia el crápula. Se daba el crápula. El apetito racional del doctor De Freitas se encuentra en aquellos días bajo el sol canicular de Barranquilla, cuando sus compañeros del Junior entrenaban, él leía textos en inglés, o cuando visitaba las tertulias de la ciudad: La narrativa novelada de Salcedo, manifiesta:

*Encontró [Heleno] más comprensión entre los intelectuales, con los que se reunía a menudo en la Librería Mundo. Con los escritores García Márquez, Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas y con el pintor Alejandro Obregón pasaba horas enteras hablando de libros y de autores, sobre todo de historia y de poesía pero también novelas* (2011, p. 163).

El apetito racional condujo a Heleno a odiar el fútbol. La Revista *Crónica* el 29 de abril de 1950 publicó un artículo titulado *El jugador más discutido de Colombia*, en él se afirma que Heleno es un hombre ensimismado y áspero, pues nadie desde su llegada a Barranquilla, lo ha visto reír:

*Parece, en efecto, como si todo le repugnara, como si dos o tres palabras, dichas siempre en tono menor, o una simple e inexpresiva mirada bastasen para honrar, en su concepto, a cualquier persona. Así, nadie sabe cómo jugará Heleno su próximo partido, pero siempre puede estarse seguro de que se encuentra de mal humor y prevenido contra no se sabe cuáles perfidias humanas. Tal parece como si Heleno hubiese buscado, por los más oscuros caminos de la antipatía, hacerse un alma interesante, un "alma incomprendida"* (p. 6).

El ser de Heleno era tan contradictorio con lo que expresaba dentro del campo de juego, en los casinos, prostíbulos y círculos literarios. Era como el ser y el no-ser de los eleatas y al mismo tiempo el devenir de Heráclito. No concedía entrevistas a los periodistas y cuando accedía a conversar con estos «su personal gesto de aburrimiento adquiriría un matiz de mayor intensidad» (*Crónica*, 1950, p. 7). «Heleno provocaba adrede el rechazo de sus compañeros, como si

disfrutara sintiéndose odiado. Llevaba su enfermiza vanidad y su hiriente arrogancia a todos los lugares donde el oficio lo obligaba a reunirse con sus compañeros de oficio, a la mayoría de los cuales despreciaba» (Salcedo, 2011, p. 164). Resulta paradójico que un hombre con tan connotadas virtudes futbolísticas pudiera ser capaz de odiar el fútbol.

No obstante, las virtudes, los desmanes y la tragedia de su vida, la figura del doctor Heleno De Freitas quedó para siempre en la memoria de los junioristas. Es como sí –pensando como Zubiri– nos fuéramos o nos muriéramos, la figura del doctor Heleno siguiera en lo más alto del Olimpo de los dioses del fútbol.

### **Bibliografía**

Aristóteles (1975). *Metafísica*. Barcelona: Editorial Vosgos.

García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Bogotá: Oveja Negra.

García Márquez, G. (1981). *Textos costeños*. Bogotá: Oveja Negra.

González, A. (2012). *Surgimiento: Hacia una ontología de la praxis*.

Heidegger, M. (2011). *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Salcedo, A. (2011). *El día en que el fútbol murió: Triunfo y tragedia de un Dios*. Bogotá: Ediciones B.

Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Grijalbo.

Wittgenstein, L. (2003). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza Editorial.